

LO DEMAS ES POESIA

La paz no tiene precio
tampoco tiene comprador.
Ninguna vida busca paz
si en paz ha de morirse
el dolor de vivir y su alegría.

Serenidad o paz:
un sueño necesario
al otro cuerpo de la vida
donde también suceden
días y noches y en las noches
se muere transitoriamente.

Ahora estoy en paz.
Y si el silencio es nido
para acunar el sueño,
así la paz anida en la tristeza.

¿Digo tristeza? No.
He de buscar palabra menos viva
para decir el clima
de la serenidad.
Cierta desinterés tal vez.
Cierta desinterés que no es pereza,
que no es desilusión,
ni es la prudencia interesada
de toda medicina preventiva.
Cierta desinterés acariciado,
cierta desinterés acariciante,
leve caricia en todo caso,
caricia dulcemente insuficiente
¿codicia dulcemente insuficiente?

dulzura en todo caso insuficiente
para hacerse caricia.
Cierta desinterés
serenidad o paz.

La vida no es serena ni está en paz:
late, resuelta, urge,
irradia un vocerío de mercado:
"¿Cuánto vale? ¡una diez!
¿cómo dice? ¡una rosa y diez espinas!"

La paz no tiene precio
ni comprador.
Es el modo siguiente
al de cierto cansancio
que se descansa en paz.

Serenidad:
escuchas
la canción del recuerdo
sin interés nostálgico;
la canción del deseo
sin interés de logro.

En todo caso es cierto:
cierto desinterés.

Morir es suceder

Morir, nadie se muere.

Digo
lo que voy a decir para consuelo
de quienes sufran en mi muerte; pero
como verdad también la digo.

Nadie
se muere si ha vivido. Admitiría
que alguien nunca haya estado
de verdad vivo: entonces, no una vez
sino en cada momento fue su vida
un continuo morir; pero de resto,
quien haya estado vivo no se muere.

Estar vivo no es esta personal
circunspección cerrada en que la piel
limita, aísla, acaba; vida es trance,
aventura tenaz, resurrección:

eterna sucesión de la semilla
germinada al calor de la existencia
que la vida es en torno, el tallo, el fruto.

No la muerte, sí el trance de las hojas
en otoño, aventura tenaz de los colores.
Caen los cuerpos, las hojas.

Y la tierra
transparece viviente y nos anuncia
el eterno suceso de la vida.

No pasabas de ser

negación, un parásito
que sobrevivías sobre
cualquier ajenidad:
te bastaba negarla
para ser. Eras sólo
reflejo, oposición,
referencia, según,
repetición contraria,
rechazo, simetría.

Únicamente ahora
te afirmas en tí misma,
terrible, suficiente,
carne de soledad
capaz de huella, viva,
creada creadora
del miedo y el desierto,
del frío y la tristeza,
oh pequeña palabra,
oh mala nueva: ¡No!

A veces una nube

adquiere la más bella
de las misiones: ocultar la estrella.
Crece entonces la fe
de que la estrella existe
y la esperanza de volverla a ver;
cabe en tal caso
dar gracias a la nube.

A veces una estrella
tiene el más frío
de los destinos:

recordar que no es nuestra.
 Nos cife entonces
 la realidad de estar encadenado
 a la vigilia que prohíbe
 soñar siquiera
 con la tristeza de volverla a ver;
 cabe en tal caso
 agradecer al sol que nos deslumbre
 y nos alivie así el dolor
 de ver estrellas.

AD INFEROS

Ya estamos solos, ya no hay nadie
 porque a solas contigo ya no soy.
 Poco a poco he dejado las alturas
 del monte, de los vuelos, los finales
 florecidos del tallo: tanta fácil
 querencia de raíces me ha bajado
 al oscuro sillón cerca del libro
 lejanísimo, a mano,
 oh infinita distancia,
 teclado intacto
 switches en off,
 equipos que traducen al silencio
 la tendencia mortal de estar conmigo.
 Se reducen frecuencias: la llegada
 de la noticia, el día y el amigo
 va perdiendo las alas que posaba
 en la ventana abierta y cobra
 garra y peso de intruso; hostil suceso
 cuanto retrase o mengüe el quieto
 profundo estar de Luis con Luis.
 De pronto esta palabra pierde el miedo
 tras una inversa lucidez de espejo:
 "profundo" tiene imagen: se sugiere
 el infierno, palabra que hace tanto,
 tanto tiempo creíamos vencida,
 olvidada lo mismo que un juguete.
 No es el miedo el sabor de la palabra;
 más bien es frío, bienestar, silencio.

No es el miedo, ni el frío, sin embargo,

ni el bienestar callado, ni mi mano
 quien escribe, contrario a mi deseo,
 en este instante, con igual verdad:

¡qué alguien llame a la puerta!

Y ahora sí,
 ahora sí tengo miedo, porque abrir
 será que Luis habrá matado a Luis;
 y no abrir es seguir velando, tiernos,
 esta nada entre dos en qué consisto.

LETRA PARA DECIR CON UN SALMO DE NAVIDAD DE POULENC

Nació Jesús un día
 y estuvo entre los hombres de su tiempo.
 Desde entonces el tiempo se repite
 cada vez que sucede un nacimiento.
 Nace Jesús si nace un hombre.
 Y nace un hombre cuando nace un viento
 de rebeldía
 contra lo que está muerto.
 Es decir: nace un hombre
 cuando ha nacido un fuego
 para prender la antorcha ahogada
 por el dolor ajeno.

Nace Jesús para acunar cansancio
 de vientos, llamas, libertades, besos.

Nace Jesús para acunar la ardiente
 querencia de Francisco
 de Asís, pobre y ligero
 de razón y saberes, y currucar
 la cabeza cansada, hirsuto el pelo,
 de Nietzsche, sí, contra su pecho,
 y descansar de romper belenes
 tramposos, cínicos, inciertos.

Nace Jesús para calmar la trágica
 vida del sentimiento
 de Miguel de Unamuno, el que quería
 ser y continuarlo siendo.
 Nace para acoger a Don Quijote
 y asegurarle que eran ciertos

los gigantes, y hacer que nadie fuera
fuerte y mendaz para volverlo cuerdo.

Oh Belén repetido
en cada corazón de un hombre bueno
donde velan pastores, reyes magos,
leones y corderos
Guevara y Gandhi, el Principito, Juanes
(de la cruz y el vigésimo tercero)
cura simple de aldea,
quemado inútil militante viejo,
Judas traidor entre los doce,
traidor entre los doce Pedro,
herejes y ortodoxos,
generosos creyentes, generosos ateos,
postrados
ambos Luteros
el que llamamos malo
y el que llamamos bueno.

¡Oh cercanos belenes
de nuestra infancia y el recuerdo:
La Palma era tan dulce
cuando nosotros éramos pequeños!
Nos llevaban de mano hacia la casa
en donde había un nacimiento
¡La Palma era tan dulce
cuando nosotros éramos pequeños!
y el cristal era limpio
y éramos limpios, quietos,
mirando aquel juguete inalcanzable
de los movimientos zapateros
¡La Palma era tan alta
cuando nosotros éramos pequeños!

Nació Jesús para que el niño
fuera nuestro maestro.
Cuando están solos
los niños sienten miedo;
fue por lo que nos dijo
que cuando dos o más estemos
reunidos en torno de su nombre
—y su nombre es el nuestro—
cuando juntos digamos la palabra
que designa el abrazo y el encuentro,
cuando juntos calleemos la palabra

que sólo dice dentro,
entonces, sólo entonces,
sucede el Nacimiento.

Bueno es estar amigos: y eso es Dios.
Después de descansar el día séptimo
Dios viene repitiendo:
¡bueno que él es Dios por saber eso!
¡Bueno es estar amigos! dijo Dios;
y vió Dios que era bueno.

Amigos juntos. Alguien dice.
Sólo importa saber que lo sabemos:
que estamos reunidos
y que hay un niño en medio.

Luis COBIELLA
Santa Cruz de La Palma